

□ Tiempo de lectura: 4 min.

Presentamos el testimonio de don Secondo Marchisio, sacerdote salesiano, recogido en el proceso de beatificación de don Bosco en 1892. Marchisio relata los recuerdos de su abuelo, un pastorcillo de la misma edad que Juan Bosco, quien lo describe como un muchacho dedicado al estudio y a la oración, a tal punto que sus compañeros se ofrecían a cuidar de sus vacas para que él pudiera seguir leyendo. El testimonio destaca las virtudes de don Bosco: pobreza heroica, castidad, capacidad de dominarse a pesar de su carácter impetuoso, una empatía extraordinaria hacia los jóvenes y el don de leer los corazones. Emerge el retrato de un santo que supo transformar su temperamento impetuoso en mansedumbre.

Porque estaba dotado de una irresistible empatía

Según Marchisio, él no fue un compañero de infancia de Don Bosco. Pero relata los testimonios de su abuelo, que fue pastorcillo con Don Bosco. Nació en Castelnuovo d'Asti en 1857. Entró en el Oratorio de Don Bosco a los 15 años y se hizo sacerdote salesiano. Su abuelo era un pastorcillo como Juan Bosco, y todas las mañanas iba con él a pastorear las vacas. Su abuela, vecina de mamá Margarita, fue su amiga íntima.

Cuando Don Bosco murió, don Secondo Marchisio (31 años) fue enviado por don Rua a Castelnuovo para que recogiera memorias y recuerdos sobre Don Bosco de niño. Durante tres meses recorrió pueblos y aldeas, interrogó a los ancianos que habían conocido a Don Bosco, empezando por sus abuelos. Las 18 extensas páginas de su informe se encuentran en el Archivo Central Salesiano (Roma).

En el «proceso de santidad» de Don Bosco, Secondo Marchisio testificó, bajo juramento y secreto, del 26 de enero al 8 de febrero de 1892.

«Mi abuelo cambiaba su pan negro por el pan blanco de Juan Bosco»

Me llamo Secondo Marchisio, hijo del difunto Eugenio y de la viva Marianna Matta, natural de Castelnuovo d'Asti, de 35 años, sacerdote salesiano, vicedirector del Colegio de Borgo San Martino.

Conocí a Don Juan Bosco desde 1873. Sin embargo, desde niño, mi abuelo me hablaba a menudo de él en familia, porque fue compañero de Don Bosco desde la infancia e iban juntos a pastorear... De niño, Don Bosco cambiaba su pan blanco por el pan negro de mi abuelo, y esto durante casi dos años.

La madre de Don Bosco

A los quince años entré en el Oratorio de San Francisco de Sales, aceptado por Don

Bosco, y allí permanecí durante 13 años seguidos; luego fui trasladado a varias casas (salesianas), pero siempre bajo la dependencia inmediata de Don Bosco. Yo no conocí a los padres de Don Bosco; sé, sin embargo, que se llamaban Francesco Bosco y Margarita Occhiena. De la madre supe por varias de sus compañeras, entre ellas mi abuela Maria Matta, de su misma edad y casi vecina, y la señora Benedetta Savio, maestra de la guardería de Castelnuovo, aún viva, que era, según sus propias palabras, *«la reina de las madres cristianas»*.

«Nosotros nos ocuparemos de tus vacas»

Don Bosco pasó su infancia en la aldea llamada de los Becchi, en Castelnuovo d'Asti. Mi abuelo Secondo Matta, ya fallecido, coetáneo de Don Bosco, me aseguraba repetidamente, e incluso en su lecho de muerte, «que sus madres ponían a Juan Bosco como ejemplo, especialmente por la oración y la obediencia». Él mismo me aseguró que Don Bosco leía continuamente mientras pastoreaba en el campo, y un día que sus compañeros, incluso a golpes, quisieron obligarlo a jugar, él les respondió: «Dejadme estudiar, porque quiero hacerme sacerdote». Estas palabras les causaron tal impresión que le dijeron: «No te preocupes más por los animales, que ya nos ocuparemos nosotros, y tú sigue leyendo».

Supo frenarse tanto que se convirtió en un hombre pacífico

Por su propia confesión, que yo mismo escuché, Don Bosco era de naturaleza fogosa y altiva y no soportaba la oposición; sin embargo, con muchos actos supo frenarse tanto que se convirtió en un hombre pacífico y manso, y tan dueño de sí mismo que parecía que nunca tuviera nada que hacer. Con nosotros y con los jóvenes se hacía *todo para todos*, siempre tenía una palabra, una exhortación, una mirada, que nos causaba el efecto de un sermón.

Todo es propiedad de la Providencia

Don Bosco nació pobre y vivió practicando esta virtud en grado heroico. Le gustaba que se supiera que era hijo de campesinos pobres. Vestía siempre ropas pobres y sencillas: quería que la pobreza fuera como la reina de sus casas, y se alegraba mucho cuando al visitarlas las encontraba así. Recomendaba la pobreza a los encargados de la administración, y quería que se rindiera cuenta de todo como propiedad de la Providencia.

Aunque administraba tanto dinero, nunca apegó su corazón a él, ni enriqueció a su familia de ninguna manera, siempre contento de vivir como un pobre. No quería particularidades en la comida, y siempre quiso la comida de la comunidad, a excepción de los últimos años, en que, agotado por las fatigas, los médicos le obligaron a tener algunas consideraciones.

«Recordad que os envío a pescar y que no debéis ser pescados»

Don Bosco practicó la virtud de la castidad de modo heroico.

Con sus alumnos, aunque lo amaban tanto y él les correspondía con amor paterno, mantuvo siempre un comportamiento reservado y digno, no permitiéndose hacerles caricias; limitándose, para demostrar su alegría por su buena conducta, a ponerles la mano sobre el hombro o la cabeza.

Nos dejó a nosotros (los Salesianos) sapientísimas reglas para tratar con la juventud y para no dejarnos ganar el corazón, repitiéndonos estas palabras: «Recordad que os envío a pescar y que no debéis ser pescados».

Era muy reservado con personas del otro sexo. Al hablar de la castidad, tenía expresiones muy suyas para hacérsela amar, y que nos demuestran la belleza de su corazón.

Leía en los corazones

Estábamos convencidos de que nos leía el corazón, y me sucedió varias veces que me descubriera y enumerara mis culpas claramente en confesión.

Don Bosco murió el 31 de enero de 1888.

En 1887, a principios de noviembre, viniendo Don Bosco a Foglizzo, donde yo era prefecto del colegio, para imponer el hábito clerical a más de un centenar de sus hijos, al partir le dijo a Don Rua que lo acompañaba: «El año que viene vendrás tú a hacer esta función, porque Don Bosco ya no estará».

Secondo Marchisio, sacerdote salesiano

Proceso ordinario, copia pública, folios 608-652.